# FF 50 405

Buenas noches, domingo 24 de octubre. En Radio 3, la sintonía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Esto es Revista de Filosofía.

Revista de Filosofía es un programa de la Facultad de Filosofía de la UNED que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Santes Mases y que os acompaña cada domingo a esta misma hora. Vamos a dedicar este programa y probablemente el próximo, dado el escaso tiempo que tenemos, a hablar de ética y de estética. Nos acompañan Carlos Gómez, profesor de ética aquí en la UNED y un asiduo además a este programa y Amelia Valcarcel, profesora también de ética en la Universidad de Oviedo y autora además de numerosas obras sobre ética, por supuesto.

La que hoy nos interesa es Ética contra Estética, un libro que salió en Editorial Crítica. Bien, pues algunas de las cuestiones de este libro son las que vamos a tratar hoy. Por ejemplo, las relaciones entre ética y estética, la modernidad.

Hablaremos también de Wittgenstein y de su afirmación de que ambas cosas, estética y ética, son lo mismo. Entraremos también en el mundo griego y su idea de que el bien y la belleza también son lo mismo y en el significado de estos términos. Si nos da tiempo, hablaremos también de Kant, su teorización de la belleza.

Bueno, como tenemos poco tiempo, pasamos sin más ya a Carlos Gómez. Carlos, Amelia, muy buenas tardes. Estamos hoy en nuestro programa de Revista de Filosofía con Amelia Valcarcel, a la que muchos de ustedes conocerán y habrán leído libros suyos, profesora de ética en la Universidad de Oviedo, aunque seguro que sus obras o algunas de ellas las conocen.

Yo quiero recordar, antes de empezar a hablar contigo, Amelia, buenas noches. Hola, buenas noches. Pues algunas de tus obras, ¿no? Quizá la primera, y que a mí sigue siendo una obra que me gusta y me interesa mucho, es el Hegel y la ética, publicado en Antropos y que fue finalista del Premio Nacional de Ensayo.

También has publicado Soy filosofía, en Antropos también, del miedo a la igualdad en crítica, y bueno, has colaborado en muchas obras colectivas, como por ejemplo la Historia de la ética, dirigida por Victoria Camps, los seminarios que Carlos Castilla del Pino celebra en San Roque, sueles ir con cierta frecuencia, ¿no? Sí. Y algunos de ellos están publicados, por ejemplo, La obscenidad, y bueno, has sido traductora también de un libro tan importante, sin entrar en juicio de valor, pero indudablemente importante, como Tras la virtud, de McIntyre. Esta noche no vamos a hablar de esos libros, aunque bueno, si lo consideras oportuno, tú te refieres a lo que te parezca, sino de tu última publicación, que es Ética contra Estética, publicado en la editorial Crítica en 1988, y sobre ella quería que habláramos este rato.

¿Por qué se te ocurrió publicar un libro sobre las arduas, complejas, difíciles relaciones entre ética y estética? Por una cuestión muy fácil, verás. El otro día, hablando con Elliot, el historiador,

me dijo, tú te has fijado en que últimamente casi nunca se puede decir esto es bueno, esto es malo, que siempre decimos esto es feo, no debe hacerse porque es feo. Y entonces yo le dije, caramba, pues sobre ese asunto acabo yo justamente de fabricar un libro.

¿Te refieres a Thomas Elliot, el autor de La España Imperial, el gran hispanista? Exacto, el mismo, sí. Entonces él decía, ¿por qué pasa esto? Son avanzar varias hipótesis de por qué pasa esto. Si es que realmente lo que pasa es que no nos atrevemos a usar los juicios morales, porque no estamos seguros, porque estamos anómicos, porque no tenemos juicios morales compartidos, entonces acudimos a los juicios estéticos.

O si es que, además, no se excluye, sucediera que desde siempre la ética y la estética tienen un terreno en disputa. Bueno, tú empiezas tu libro precisamente queriendo comentar el famoso dictum de Louis Louis V, un autor por el que sientes tanto cariño, me parece, ¿no? Sí. Hacia el final del Tractatus, un poco misteriosamente, dice que ética y estética son lo mismo.

Bueno, es una afirmación que, además, como no está argumentada, a uno le puede por lo menos sorprender, pero quizá antes de empezar por Wittgenstein, que ya escribe con muchos autores a sus espaldas, aunque él no era muy lector, pero bueno, escribe en cualquier caso desde una tradición muy amplia, quizá podíamos empezar a desbrozar un poco este problema con el mundo griego, en el que esta unión entre ética y estética precisamente era uno de los componentes, ¿no? Si no en el mundo sublunar, diríamos, lo bello y lo bueno eran trascendentales, ¿no? Es decir, que se unían en el ser. Entonces, ¿cómo puedes comentar esta visión de los griegos, que unen frente a nuestros problemas con esa unión? Bueno, ellos no tienen esa ruptura que nosotros hemos establecido, que es una ruptura de la modernidad. Los griegos son nuestros antepasados.

Todos somos griegos. Sencillamente nos enseñaron a pensar, nos dieron la mayor parte de la terminología con la que seguimos pensando las cuestiones abstractas, y aún siguen siendo nuestros maestros, además de nuestros antepasados. No se puede realmente no ser griego ahora.

Pero los griegos hablaban de una cosa llamada la kaloska yagacía, es decir, la unión del bien y la belleza. Hablaban de esto porque la sociedad que empieza a ser una democracia y que viene de ser una aristocracia tiene un ideal en el cual el bien y la belleza coinciden en los sujetos. Es decir, que aquel que es bueno es bello también, pero entendiendo que ellos decían bueno en un sentido social evidente.

Es bueno el que es hijo de buenos padres, tiene suerte en la vida, no pertenece a otro, no es criado de otro, ni debe poner bajo el pie de otro su libertad. Ese es bueno. Y con las mismas también es bello.

De tal manera que solo un grave defecto de fortuna o de suerte haría que no coincidieran bien y belleza. Lo bueno y lo bello son lo mismo porque son lo mismo los individuos excelentes. Platón lleva esto bastante más allá.

Y lo que dice es que cuando pensamos las ideas superiores, las más altas, lo que nos lleva a pensarlas no es el deseo de saber, sino el deseo de belleza. Porque en las ideas la belleza es lo que existe. Pasamos toda la erótica de Platón, eso que en el Renacimiento se quiso resucitar, consiste en decir que cuando nosotros salimos al mundo lo primero, el primer lugar donde apreciamos la belleza es en los demás.

Para los griegos y para Platón la belleza del mundo natural no existe, eso es una idea romántica y muy tardía, que el mundo natural sea bello. El mundo natural es simplemente adomar, una cosa que hay que adomar. Vemos la belleza pues en los demás y nos atrae, inmediatamente nos sentimos atraídos por ella, por varias razones que ahora no vienen al caso.

De ahí, si somos suficientemente sabios, pasamos a ver no sólo la belleza en los rasgos, sino la belleza en las acciones, la belleza en las palabras, la belleza en el movimiento que hace a alguien ser quien es. De ahí, en su opinión, pasamos a considerar esas cosas en sí. ¿Qué cosa tan bella es probablemente la justicia? ¿Qué cosa tan bella es probablemente el hombre prudente? ¿Qué cosa tan bella es aquel que es magnánimo? ¿Qué es la magnanimidad? ¿Qué es…? etc.

Y nos preguntamos ya por la belleza de las ideas. Si siguiéramos el camino al completo encontraríamos que la idea más bella que existe es la idea de bien. Sobre esa idea no hay ninguna más bella.

Luego, la idea del bien, al ser la más bella, es la unión del bien y la belleza. Es decir, es la Kalauskaya Gacía, de nuevo, pero en vez de ser simplemente un retrato social del poderoso, una aspiración completa de la humanidad hacia un término más allá de ella, al que, sin embargo, puede llegar. De todas maneras, a pesar de esa vinculación tan estrecha que hacían, síntomas de rupturas, de escisiones, de quiebras, están en el propio Platón, y tú lo comentas también en el libro.

Porque, claro, un hombre que escribía tan maravillosamente bien, y que, bueno, ahí sí que, si uno se quedara con unos libritos algún verano en una isla, pues probablemente Platón, desde luego, tenía que figurar entre los libritos que uno se bebara. Pero un poeta de la calidad de Platón resulta que nos sorprende diciendo que los poetas en la ciudad se andan con cuidado porque pueden ser expulsados. Es decir, que ahí hay unos síntomas de división.

Me gustaría que comentaras algo de esto. A mí no me gustaría nada vivir en la ciudad que diseña Platón en la República. Me parece un lugar difícil y engorroso.

Y una persona rebelde como tú. Y un amplio parecido con Algulaj, además. O sea que mejor no.

Es decir, y si de paso miramos ya la ciudad de la que hablan las leyes, más estremecimiento que me entra. O sea, un lugar donde gobiernan unos que son los sabios. Los cuales están allí porque, por lo visto, saben muchas matemáticas.

Por ejemplo, el teorema de Pitágoras y cosas así de profundas. Y, además, estos deciden qué

tienen que hacer todos los demás. Y les mienten sobre por qué cada uno está colocado en un estrato social.

Y de paso les juzgan ellos solos, por la noche, sin que los otros sepan ni siquiera que van a ser juzgados. No me parece ningún lugar ideal. La nocturnidad y alevosía vienen ahí.

Sí, tiene bastante nocturnidad y alevosía. Digamos que Platón como teórico político es, sin duda alguna, enormemente influyente. Pero nadie en su sano juicio lo presentaría como un modelo en cuanto a que nos apeteciera mucho la construcción que hizo.

Si de esa ciudad de paso faltan, naturalmente, los poetas, pero también los músicos, y creo que también los danzarines, y también los que hacían teatro, y todos esos, afortunadamente son Atenas, no pasó. Es decir, yo creo que Platón, que es el primer filósofo que verdaderamente es capaz de abordar con ese enorme espíritu que él tiene, la unión de bien y belleza, como filósofo político está muy por debajo de su propia altura. Oye, pero si damos un salto grande, indudablemente, tú has aludido antes a que la belleza natural en el romanticismo, bueno, es una creación romántica.

Todavía Hegel, iba a decir tu bien amado Hegel, tu bien conocido Hegel, dejemos los amores entre paréntesis. Todavía Hegel, me parece que pasando por Suiza, echó la cortinilla de la diligencia en la que decía, muchas piedras, cosa que a nuestro juicio, hoy que Suiza se ha convertido en el lugar en donde muchas parejas van a pasar la luna de miel y esas cosas, nos parece asombroso. Pero realmente el descubrimiento de lo sublime, las cordilleras alpinas, es un descubrimiento romántico.

Es Kant el que lo teoriza, en parte, bueno, está teorizado antes que en Kant, pero Kant en la crítica del juicio hace un análisis muy interesante de lo sublime. Ahora en Kant, realmente hay ya una ruptura, no sé si voy a decir decisión, entre los usos de la razón, entre diversas esferas de realidad, entre el conocimiento, lo normativo, lo estético. ¿Cuáles son los problemas, y a la vez la fecundidad, porque normalmente si la modernidad ha hecho esas excisiones, algo se debe, a que quizá las uniones entre esas diversas esferas no son tan fáciles.

¿Cuáles son los problemas y las posibilidades que ves en esas excisiones que el mundo moderno parece que ha presentado, bueno, como difíciles de colmar? El mundo moderno tiene que superar mil años del mundo medieval, el mundo que sale de la caída del imperio romano, mil años en que una ciudad como Roma, que había sido el centro de un imperio universal, y que había logrado grandes periodos de paz, ha desaparecido y es una ciudad que tiene 10.000 habitantes, y son sólo cabañas, una regresión tan grande que casi tenemos que hacer ciencia ficción para imaginarla, donde lo único que sobrevive es lo poco de cultura que puede salvar la cultura monástica, la gran cultura monástica, la gran cultura del monacato y los monasterios encerrada en ellos, y donde para todos los demás, sin duda alguna, amanecía. Quiero decir lo siguiente, cuando consideramos esto que han sido llamados los siglos oscuros, a veces nos da la impresión de que siempre era de noche y no amanecía nunca, es decir, que no hubo nunca días soleados, días reidores y gente que estaba contenta. Probablemente esto pasaba, pero el

nivel medio en que la humanidad había logrado situarse en el periodo de la antigua Roma y del esplendor de Roma, estaba muy lejos de alcanzarse.

Y lo único que la gente tenía a su disposición para calcular de sí misma y de la belleza y de su destino, era la religión cristiana. Pero la religión cristiana, al menos en sus orígenes, con la belleza tenía muy malos tratos, porque sospechaba de ella. A saber, sí, sí, todo muy hermoso y muy bello, pero todo caduco, todo el mundo está destinado al fuego.

Esto no se lo habían inventado ellos, se lo habían inventado los estoicos que pasaban por ser racionalistas. Vendrá la gran expirosis y esto perecerá, lo dijo el maestro mirando a Jerusalén. Toda belleza es vana, carne corruptible, el sepulcro es la verdad de la belleza, el cuerpo agusanado, esa es la verdad.

Por lo tanto, a desconfiar de la belleza, porque es una trampa de Satanás, además. ¿En qué se están fijando? En el primer camino de la heráutica. Amamos la belleza como primer escalón en los demás.

Ah, pero eso es muy peligroso. De manera que a la belleza, a tocarla con mucho tiento. Y por el contrario, presenta como ideal nada menos que a la figura de Las Zetas, que de bello se supone que un señor que, por ejemplo, está abandonado en el desierto al lado de una caverna y se solaza, bueno, voy a apear este sarcasmo, vamos a ver, se dedica, por ejemplo, a golpearse con una piedra para no recordar a ciertas citaristas que vio en su día.

Yo diría que no es precisamente una persona al que podamos defender como a la ley de la belleza. O como cuando San Agustín nos llega a decir, esto de la música está un poco mal, porque la música en general hay que desterrarla. Un verdadero cristiano no escucha música.

Y todo lo que llega a preguntarse es, y no sé yo si cuando yo disfruto en la iglesia con el canto de los niños eso está bien. La sospecha del cristianismo sobre la belleza es tan terrible que hay que esperar al tiempo del renacimiento de la Edad Clásica, realmente en los siglos XV y XVI, cuando Europa buscando en el pasado va a encontrar su futuro, cuando el tema de la belleza, el anhelo de la belleza, el respeto por la belleza, el querer ser bellos, el querer encarnar en la propia vida la belleza, disfrutar del placer de lo bello, se vuelve otra vez decente, saludable y digno de respeto. No vamos a poder continuar durante mucho tiempo porque me parece que el programa se nos va a agotar pronto.

Pero de todas maneras, ¿cómo teoriza Kant esta división? Porque el gran representante de la ruptura entre ética y estética en el mundo moderno va a ser Kierkegaard quizá, ¿no? Pero de todas maneras, como veo que el tiempo se nos va, yo te invito ya desde ahora a un próximo programa en el que hablaremos de Kierkegaard, Wittgenstein y otros locos egregios. Pero querría que comentaras algo sobre la teorización kantiana de la belleza, porque incluso hay algunos pasajes en donde propone una cierta manera de unión, aunque sea en forma de símbolo. Cuando la modernidad afronta de nuevo tener que reconstruir el pensamiento entero, lo que tiene que hacer después de las terribles guerras de religión europeas, porque ahora

hablamos de los fundamentalismos actuales y lo violentos que son, pero el fundamentalismo cristiano desatado por la reforma y la contrarreforma fue igualmente sanguinario, que lo sean actualmente otros.

Cuando se abre el pensamiento de la modernidad y se abre con los dos grandes ontólogos, con Descartes y con Spinoza, el asunto de la estética es el que aparece, no tanto el de la belleza. Es decir, ¿qué es estética? Y en Kant, por ejemplo, y en muchos otros, lo que encontramos es que le llaman estética no tanto a la precio general de la belleza, que eso es un grado de la voluptuosidad y en ese sentido sensorial, cuanto a la capacidad intelectiva presente en los seres humanos de pensar la totalidad misma como realmente existente. Y esto lo consideran justamente el residuo de algo más que humano que está en la pura razón.

La estética de Kant es no humenal. Es decir, la estética es aquello que nos deja entrever en nosotros en el momento del goce de lo bello no sensorial que estamos asistiendo al funcionamiento que podemos ver sesgadamente nosotros mismos de una potencia no humenal en sí misma. Y eso está enlazado un poco con lo sublime.

Lo que nos aterroriza, sin embargo, queda compensado por la grandeza que sensiblemente se nos hace presente, por ejemplo, en el huracán, en la cordillera alpina, pero que nos recuerda nuestra grandeza moral. Ahí parece que intenta echar algún puente de unión, pero obviamente no parece que esas esferas estén unidas. Y como decía, y tú comentas en el libro, pues parece que va a ser Kierkegaard el que establece con sus famosos estadios en donde no hay posibilidades, altos dialécticos entre ellos, una ruptura evidente entre ética y estética.

De todas maneras, aquí entramos en una cuestión más amplia. Lo que te propongo, Amelia, es que en el próximo programa comentemos esta parte final de este trayecto que así a golpe de caballo vamos haciendo por la historia. De acuerdo, Carlos.

Pues gracias. Amelia Balcarcel, Carlos Gómez, gracias y hasta la próxima semana. Os esperamos el domingo para continuar comentando este libro, Ética contra Estética.

Buena semana.